



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de filosofía

***"La vida creativa y artística del espíritu libre:
un esbozo al pensamiento de Friederich Nietzsche"***

Tesina que para optar por el Título de
licenciada en Filosofía presenta

Herlinda Castelán Caballero

Asesora: Doctora Mercedes Garzón Bates
México, D.F., Ciudad Universitaria, Abril 2015.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Para el único hogar que tuve: mi mamá.
María Amelia Caballero Camacho
(1948-2012)*

*Para mi amado corazón delator:
Christian Antonio Ramírez García
(1984-2009)*

Agradezco a mis sinodales por su sensibilidad. A los profesores “de antes”: Jaime Ramón Melín Calleros y Ramón Monreal Vera Romero por su apoyo incondicional. A la profesora María del Carmen Rosario Silva Álvarez por su valiente y generosa hospitalidad. A la profesora Rocío Sosa Rosas por sus oportunas sugerencias.

Agradezco también al Consejo General de Huelga (1999-2000), al Colegio de Ciencias y Humanidades (Plantel Oriente) y a la Escuela Nacional Preparatoria (Plantel Dos: Erasmo Castellanos Quinto), por formar parte de mi continuo proceso reeducativo.

Agradezco a los “compas” de esa lu...z, al “Che”... “Hasta la victoria siempre”, a los “no” que me han afirmado en este devenir...

Índice

Introducción.....	pág.2
Capítulo I El hombre creador.....	pág.7
Capítulo II El espíritu libre.....	pág.15
Capítulo III El filósofo-artista.....	pág.25
Conclusión.....	pág.37
Bibliografía.....	pág.40

Introducción

¿A quién amé como a ti, amada sombra?
Te atraje a mis adentros, y desde entonces casi
me volví sombra, tú cuerpo.
sólo que mis ojos son indóciles; hechos a ver las
cosas afuera:
les eres el eterno 'fuera de mí'. ¡Estos ojos me
ponen fuera de mí!
(F. Nietzsche, "Al ideal", *Poesía póstuma*).

¿Y cómo empezar? ¿Acaso con lo reiterativo?...Nietzsche...¿Qué tiene este filósofo? ¿Qué posee para seguir presente? ¿Con qué lenguaje, filosofía, o experiencia nos habla? ¿Por qué su sombra no logra extinguirse y sigue susurrando?, su sombra nos alcanza y sus ojos cerrados al mediodía del siglo pasado, aún contemplan paradójicamente al ser "humano demasiado humano". ¿Qué dijo Nietzsche para seguir inquietándonos de esta forma? ¿Qué caso tienen tantas preguntas? ¿Tantas preguntas tienen una respuesta? ¿O su mera formulación es ya un camino abierto a indagarlo en sus escritos filosóficos?

¿Por qué es pertinente Nietzsche en nuestros días? ¿Serán sus aforismos meras especulaciones o son el resultado de un afiebrado errante? ¿Qué le dice Nietzsche a la filosofía de hoy? ¿Valdrá la pena postular a la vida como una voluntad de poder? ¿La vida actual resiste la medida apolínea y la desmesura dionisiaca? ¿Qué son todas estas preguntas para una introducción?

Una introducción es una presentación hacia el lector, donde se expone el contenido de un trabajo, es una invitación cuyas características residen en la puntual argumentación de las ideas del autor, todo lo anterior son aproximaciones a una posible definición de un elemento importante para cualquier trabajo formal.

Entonces ¿qué introducción es ésta? ¿Será el resultado de inquietudes acerca de la filosofía de Nietzsche? gran parte de este texto, a pesar de intentar

seguir un protocolo canónico, hizo más caso al sentir de quien esto escribe. Valga pues esta alusión no como disculpa-aunque cabría-sino como una recuperación modesta de las palabras de Nietzsche, las cuales adquieren vigencia en nuestros días como un marco necesario y vital a la existencia.

Es por esto que el trabajo tiene el objetivo de motivar, mediante el “loco” de Turín, una reflexión vital de las preocupaciones inherentes humanas, que Nietzsche martilla y cuyos supuestos han sido destruidos por el devenir existencial y el largo letargo pasivo de la decadencia. No es una crítica a Nietzsche, prefiero tratar de exponer la manera en la cual el susurro se convierte en palabra diáfana y creadora, para así romper con concepciones estáticas, un tanto mediocres que sólo han impedido que el hombre se convierta no en un mero puente, o en el último hombre o en el mismo superhombre, sino en esa estrella danzarina, libre e inocente que afirma la vida.

Para esta motivación parto de la comparación de la voluntad del hombre débil, común y corriente, con la voluntad de poder y del niño artífice de una creación terrenal destructiva, solitaria, capaz de alcanzar la voluntad de vida; en suma, la voluntad que entraña el paso de una vida impuesta a una vida jovial construida e inspirada en sí misma. El primer capítulo versa en torno a la relevancia de la voluntad de poder en contraste con una voluntad metafísica cargada de resignación, culpa y resentimiento.

De esta comparación nace el segundo capítulo dedicado a la transformación del hombre. Desde tres figuras modélicas (camello, león y niño) Nietzsche despide por completo la seguridad imperante de una concepción de vida anquilosada, con ello muestra la posibilidad de una autoafirmación, un nombrarse a sí mismo, un nombrar todo lo que está a su alrededor, sin ser esto una vana promesa.

La última pieza de este sentir, y del esbozo de una reflexión que deseo retribuir al “filósofo del martillo”, es el querer. Una vez liberado el querer, no importa de qué, el querer también cambia, se convierte en un querer creador, no importa qué venga, lo importante es que se ve de frente, se confronta y se asume,

se vuelve otro querer. El filósofo artista esculpe su propio ser con un sí, su querer transgrede y transforma.

El presente trabajo busca exponer las vertientes del hombre creador, del espíritu libre en la figura del niño, concluye con la propuesta y la importancia terrenal del llamado filósofo-artista.

Nietzsche es dinamita -como él mismo se definió- ante lo cual no hay indiferencia: se tiembla, se baja la mirada, se recibe el golpe, se avienta el libro, se profieren maldiciones, al reconocerle como una parte integrante de uno mismo.

Detengo esta imagen multiforme, mas no pesimista, la sombra de Nietzsche, su planteamiento, su amor incondicional por la vida entera. Su pasión por los claroscuros no permite que todo acabe con su muerte. La mirada de Nietzsche traspasa sus párpados y llega al hombre actual.

Nietzsche está presente. Su voz profetizó el nihilismo para el siglo pasado y el actual. Los paradigmas caen, se tambalean, el hombre en ocasiones se atreve a derribarlos. Los susurros alcanzan al hombre en su ser creativo-destructivo: quiere crear.

El filósofo del martillo señala a la metafísica junto a la fe encarnada en esa vida futura y bendita como una respuesta fija, obsoleta, alejada del hombre de carne y hueso, ya que no debe ser reducido a un concepto rígido, determinado. El hombre no está finalizado si bien es voluntad de poder, el hombre deviene a cada instante.

Cada aforismo, sentencia o capítulo de *Cómo se filosofa a martillazos* o *Así habló Zarathustra*, entre otros textos, es breve, audaz pero relacionado con un marco y sistema conceptual. El mismo Nietzsche deja un espacio abierto a la contradicción como un rasgo sano del hombre y de la filosofía que permite la autenticidad humana, reflexiva. Es un hecho que Nietzsche padeció tanto interna como físicamente, incluso no desdeñó la parte que complementa la vida del hombre: el dolor; el cual, sin embargo, no es una barrera para actualizar sus palabras, para buscar comprender su vigencia, para invitar a la jovialidad, a la vida que también sabe reírse, buscar y constituirse a sí misma.

Este texto se articula también en la contradicción, en la afirmación - negación, destrucción - creación. El problema de esto radica en las dificultades a las que un lector de Nietzsche se enfrenta. Yo pretendo rescatar la metáfora ínsita de mi propia lectura, acceder con ello a una exposición de las ideas relevantes de Nietzsche en torno al ser humano. La metáfora, para mí, es la palabra, esto es, aquello que cubre una posible ilusión de la realidad. Con esta advertencia damos paso a una breve disertación que alcance, por lo menos, a morder la inquietud del lector.

Siglas:

AHZ: Así habló Zaratustra

CFM: Cómo se filosofa a martillazos

HDH: Humano demasiado humano

GC: La Gaya ciencia

VS: El viajero y su sombra

LF: El libro del filósofo

Nota: La referencia completa de estos textos se encuentra en la bibliografía.

Capítulo I El hombre creador

Prefiero hundirme en mi ocaso antes que renunciar a esa única cosa; y, en verdad, donde hay ocaso y caer de hojas, mira, allí la vida se inmola a sí misma - ¡por el poder!

Pues yo tengo que ser lucha y devenir y finalidad y contradicción de las finalidades:

¡ay, quien adivina mi voluntad, ése adivina sin duda también por qué caminos torcidos tiene él que caminar!

Sea cual sea lo que yo crea, y el modo como lo ame, pronto tengo que ser adversario de ello y de mi amor: así lo quiere mi voluntad. (F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra, de la superación de sí mismo*)

Fink¹ retoma lo dicho por Nietzsche en la segunda parte de *Así hablaba Zaratustra* con respecto al poder que controla el mundo, presente en el mismo juego de la libertad humana. “Y eso a lo que habéis dado el nombre del mundo, eso debe ser creado primero por vosotros ¡vuestra razón, vuestra imagen, vuestra voluntad! vuestro amor deben devenir ese mundo”.²

La voluntad de poder que Nietzsche gesta en *AHZ* se opone a y destruye una voluntad débil y enfermiza. El mundo, la Tierra, no son ajenos al hombre, cuando éste se fuga se convence desesperadamente a sí mismo de permanecer aletargado en la ensoñación cristiana, se ha auto limitado como un ser cuyo proceso vital va a la par de un designio trascendental. Para Nietzsche el mundo como tal no está comprendido en un contexto metafísico inaccesible ni en un

¹ Fink, *La filosofía de Nietzsche*, op.cit.p.88.

² Nietzsche, *AHZ*, op.cit.p.161

drama teológico. Esta Tierra, madre del hombre es la voluntad de poder, misma que emerge en la decisión, creatividad y devenir humanos.

El hombre creador resistirá un proceso de transformación, recuperará la inocencia del gran destructor, del constructor de instantes: el niño. El creador es tal porque puede destruir el anhelo metafísico, la voluntad decadente, mediocre y enfermiza:

¡Loco sería, en verdad, quien creyese que basta con señalar este origen y esta envoltura nebulosa de la ilusión para destruir el mundo, tenido por esencial, la llamada „realidad“! ¡Sólo, como creadores podemos destruir. Más no olvidemos tampoco esto: ¡basta crear nuevos nombres, valoraciones y probabilidades para crear a la larga nuevas „cosas“!³

La voluntad sometida a un sistema gregario, estrecho, convierte al hombre en un ser domesticado, lejos del impulso vital que le permite identificarse como un ser pleno, escindido por una voluntad que lo sobrepasa y lo fragmenta.

En cambio, el ser inocente abocado a su labor, en su juego, permanece imperturbable como si no importara nada, nada más que inventar, formar, quitar, poner, recoger y reír, juega creando sin descanso en ello le va la vida, en los intervalos sigue imaginando e innovando, en vez de escindido está completo porque le dedica horas a la construcción que en un instante podrá destruir sin ningún pesar.

El individuo creador posee una voluntad grande, que le permite reconocerse como un ser terrenal y finito. No está de paso por la Tierra, en espera de una vida eterna. Está en la Tierra, en espera de la muerte como parte de esta vida; por el contrario, ocupa un espacio, aquí, allá, existe en el tiempo, ayer, hoy, y quizá mañana, sus propósitos son realizados en ella, lo cual no significa que no encuentre límites, mucho menos que éstos lo condicionen o determinen a no pasarlos y derribarlos. Esto lo hace sin apelar a una cuestión o fin trascendental, por eso es un hijo de la Tierra emprenderá esta aventura como un viajero independiente, solitario, cuyo pensamiento cuya expresión de la verdad lo lleva a

³ Nietzsche, GC, *Op. Cit.*, p. 108.

apartarse de los demás, no voltará hacia ellos ni regresará a su compasión.⁴ El hombre creador, con su fuerza y su audacia, recorre múltiples laberintos donde "[...] se deja desgarrar por algún Minotauro oculto en las cavernas de la conciencia".⁵

Aunque este hombre se extravíe no permanece parado ni resignado, se esfuerza enérgicamente por encontrarse, su originalidad reside en experimentar nuevos caminos no pisados por el común de los hombres. El camino del creador tal y como lo señala Nietzsche es un camino hacia sí mismo, teniendo como guía la voz de todas sus aflicciones, éstas no lo merman.⁶

Los lamentos de este extravío lo constituyen como un ser entero, capaz de señalarse su propio bien y su propio mal, lo cual consigue mediante su contradicción prudente, es decir, no es la voz de la mayoría, del rebaño la que guía su camino: la tranquilidad, la felicidad acomodaticia, la igualdad, etc., sino su propio dolor su propia alegría. Estos no huyen de él. El hombre creador quiere consumirse en su propia llama, su propio fuego lo reducirá a cenizas para de este modo renovarse. Así, es un solitario cuyo enemigo más grande es él mismo porque puede volverse compasivo.

El hombre fuerte, creador, es el gran amante, despreciador de sí mismo. Ama y ansía crear, debido a que se desprecia. En el desprecio se aloja lo mejor, también lo peor de sí, lo mejor como aquello que llegará a ser en ese camino, en el encontrarse a sí mismo, más no como una finalidad, porque convendrá que se pierda otras veces para así volver a encontrarse.⁷ Lo peor sería sólo quedarse en el renegar de su condición humana y estancarse en la mediocridad.

Nietzsche remata esta idea con lo siguiente: "No sabe nada de amor quien no ha tenido que despreciar lo que más amaba".⁸

El espíritu creador ama todo su tiempo, ama lo que fue, ama lo que es

⁴ Nietzsche, *HDH*, *Op. Cit.*, p. 245.

⁵ Nietzsche, *MBM*, *Op. Cit.*, p. 65.

⁶ cfr. *AHZ*, p.84.

⁷ cfr. *HDH*, p.270.

⁸ cfr. *AHZ*, p.86.

porque con ello cimentará su probable destrucción, dejará de lado la carga lapidaria que lo estanca; su ser determinado y débil será transformado para de este modo amar, aún más, aquello que llegará a ser. Estas palabras de Píndaro, retomadas por Nietzsche en un trabajo sobre las fuentes de Diógenes Laercio⁹ indican lo más amado por el creador; dentro de él habita la posibilidad, la perspectiva de autodestruirse, ama y desprecia esto, pero sólo así podrá romper el esquema que lo oprime, por eso ataca en sí mismo esos resabios del hombre común, lucha por concretarlo aunque ello entrañe el dolor y la desesperación. La vida va más allá de lo simplemente evidente, de la apariencia, no consiste en una separación excluyente de los contrarios. La cultura de la apariencia escinde la muerte y la vida, por ejemplo, y nos obliga a entender y a ver los contrarios de espaldas uno del otro. Para Nietzsche los contrarios se confrontan, se miran y luchan, la cultura de un hombre fuerte debe dar a luz a un genio (al artista).

En términos de la vida corriente esto puede parecer inhumano, aceptar el dolor inmanente de ya no ser común, pero cuando se ama, se ama como posibilidad de, más allá del bien y del mal, más allá del dolor del placer. El amor tradicional exhibe una pureza acompañada de una tibieza que entumecería la sangre del espíritu creador. El dulce calor del hogar es un recuerdo, más nunca tan fuerte como para añorarlo en un dejo melancólico; ahora es necesario atreverse a sentir, anhelar el frío de las grandes alturas que, como tales, no son comprendidas y son calificadas como locuras por los hombres que miden su felicidad con el alcance de su mirada miope (como el ermitaño con quien Zarathustra conversa).

Además, este tipo de hombre ha hecho blando y negativo a su propio corazón; su mirada reduce al mínimo cualquier posible fatalidad; no hay, pues, una disposición a ello, a lo inexorable...he aquí como habla el Martillo: "Y si vuestra dureza no quiere fulminar y cortar y deshacer, ¿cómo podríais un día crear

⁹ Nietzsche, *Epistolario*, *op.cit*, p.48.

conmigo?".¹⁰

El hombre creador es duro. Su mano se posa sobre los milenios con firmeza e inscribe en ellos su voluntad, su nobleza. Para Nietzsche lo más peligroso es conocer "[...] el fundamento radical de la existencia"¹¹, ya que esto nos llevaría a perecer. Sin embargo, un espíritu fuerte, un espíritu libre resiste y marcha solo, ya que no todos los hombres están dispuestos a buscar, mucho menos a encontrar una verdad que los destrozase, cuya crudeza los aparte de la alegría mediana.

Zarathustra conmina al espíritu creador a irse con su soledad, su amor y su creación: "Yo amo a quien quiere crear algo más elevado que él y que en ello perece".¹² En la soledad forja una fortaleza con la que resiste los embates de la transgresión de romper con lo vulgar, con una felicidad pequeña o con una vida después de la muerte.

El hombre creador ama pero desprecia apasionadamente lo que hace en el reflejo de su propia voluntad de poder buscando la fractura que tendrá al transformar las cosas. Éste es el arte de quien se atreve a ser lo que está destinado a ser (amor *fati*).¹³

Nietzsche menciona dicho arte como "[...] el gran estimulante de la vida, una embriaguez de vivir, una voluntad de vivir".¹⁴

Lo único necesario para la existencia creadora es poseer un espíritu ligero por naturaleza o alcanzarlo por medio del arte. La ligereza no debe confundirse con lo superficial. Los ojos del hombre se acostumbran incluso a lo caótico al aparente orden de su vida; la rutina no ofrece sobresaltos se cierra a ella, por lo que confunde lo difícil con lo complejo; de esta forma, se enreda en la maraña de un espíritu esclavo: la pesadez no camina, sus pies son fardos tambaleantes, un

¹⁰ Nietzsche, *CFM*, *op.cit*, p.217.

¹¹ *cfr. MBM*, p.72.

¹² *cfr. AHZ*, p.86.

¹³ *cfr. CFM*, P.171.

¹⁴ *cfr. AHZ*, p.4.

espíritu pesado impide todo posible precipicio. Sólo recorre la ruta más corta, no distingue entre vida y sobrevivencia cede a la carga de sí mismo y no hay más, sólo uno más de la muchedumbre.

En cambio, un espíritu ligero posee una mirada dinámica. El caos, el orden, la calma, el vaivén son contemplados y asumidos como un fluir constante, hay una apertura a la realidad y se toma lo complejo pero también lo sencillo; lo ligero, caminar, pasear, significa tomar los contrastes y conciliarlos a través del avance alcanzado...aunque el camino se extienda llevándolo a otras latitudes. Necesita saber caminar, bailar...caerse, volverse ligero levantarse, erguido, para crear nuevas danzas. Al hombre fuerte no le pesa su hacer, se puede cansar pero no renuncia al impulso vital.

Dancemos de mil formas posibles...
¡Y que nuestro arte se llame libre,
nuestra ciencia se llame gaya!...
oh, espíritu de todo espíritu libre;
contigo a coro
brama mi dicha cual tempestad.¹⁵

Este espíritu ligero y creador reirá ante lo insignificante que ahora resulta lo tradicional y antiguamente venerado, para que de este modo sea un discípulo de Zarathustra. La risa es manifestación de la libertad como emancipación, no es una risa retorcida en una superioridad patética, sino reconocerse capaz de no dejar piedra sobre piedra de sí y ser, a la vez, una nueva creación.

Este arte, este instinto profundo que incita a la vida a plasmar su propia ambigüedad, presenta la modalidad del creador artístico trágico, el cual exalta con valentía y libertad las desventuras sublimes, los problemas que amenazan con destruirlo, debido a que su alma guerrera ante tales infortunios celebra su desmesura, su desorden, su grandeza con lo que resalta a la misma existencia

La valentía y libertad del sentimiento ante un enemigo poderoso, ante una sublime desventura, ante un problema que sobrecoge, este estado

¹⁵ Nietzsche, *Poesía completa*, op.cit, p..56.

triumfante es el que elige y exalta el artista trágico: Ante la tragedia lo que hay de guerrero celebra sus saturnales, quien está acostumbrado a sufrir y va en procura del sufrimiento, el hombre heroico, con la tragedia ensalza su existencia; únicamente a él sirve lo trágico la bebida de esta dulcísima crueldad. .¹⁶

Puesto que al justificar, al comunicar todo lo terrible, enigmático y malo de la vida, Nietzsche no está cayendo en la salida fácil del pesimismo, no es un arte negativo su resultado, sólo que el creador no se entretiene con la mera apariencia de la realidad, las bellas formas apolíneas no acaban por cubrir el transfondo dionisiaco de la existencia.

El lado luminoso de Apolo puede llegar a deslumbrarlo a reconfortarlo pero es el lado sombrío de Dioniso el que lo sumerge en el olvido de sí, lo une con todo lo que le rodea. Ya que rompe con el principio medido y prudente, desbordándose en una unión con la voluntad de poder, romper el velo de maya, sumergirse, desbordarse en la naturaleza e iniciar este baile incesante multiforme.

De esta manera, el hombre creador reconoce la forma bella, la forma delicada de la vida, así como la fuerza violenta, amarga, porque este hombre no puede ver el mundo de un solo color, distingue entre multiplicidad de colores (como la vaca, el canto y llanto del asno), percibe diversos sentimientos, anhelos que no acaban por definirse, se siente, se padece en la totalidad de la existencia.

Así, el arte se combina de estos dos impulsos: apolíneo y dionisiaco, mismos que hacen posible toda vida; en cambio, el hombre creador se opone a la mera voluntad de negar, ya que la voluntad de vivir se afirma al aceptarla, al desealarla como es.

Lo anterior no sería posible con la existencia de un Dios, ya que coartaría de forma abrupta tal actitud creadora: la propia libertad del hombre. Como un paso para forjar una nueva creación, se requiere de la muerte de Dios, del rechazo de toda etiqueta teórica petrificante de la vida. Quitar la idea metafísica es eliminar

¹⁶ *cfr. CFM, p.183.*

la visión anclada en un Dios, en una represión grotesca hacia la vida fuerte y saludable. La libertad así como la creación ahora se podrán explicar a través de la transformación del hombre fuerte en el espíritu libre.

¡No-querer- ya y no-estimar- ya y no-crear-ya! ¡Ay, que ese gran cansancio permanezca siempre alejado de mí!

También en el conocer yo siento únicamente el placer de mi voluntad de engendrar y devenir y si hay inocencia en mi conocimiento, esto ocurre porque en él hay voluntad de engendrar.

Lejos de Dios y de los dioses me ha atraído esa voluntad, ¡qué habría que crear si los dioses existiesen!¹⁷

¹⁷ Nietzsche, *EH*, (Referido en *AHZ*, ed. Alianza), p. 204.

Capítulo II El espíritu libre

Nubarrones, ¿qué nos importáis?
A nosotros,
los espíritus libres, ligeros, alegres?
(F. Nietzsche, *Poesía Póstuma*)

El hombre fuerte no es la culminación de la propuesta nietzscheana, posibilita, sí, la transformación del hombre pero no es el resultado de ésta. La aurora de Nietzsche presenta ahora a un llamado “espíritu libre”, el cual se puede entender como aquel hombre sin amarras y con el poder creativo del juego.

Porque no hay nada finiquitado, porque puede crear, el espíritu libre abre para sí sus posibilidades. El juego del hombre, como creación, es posible del mismo modo siempre ha sido un enorme misterio; acaso porque es lo más inmediato a él y con la tierra juega como un niño aparentemente despreocupado, sin planearlo, con total frescura. Sin una conciencia estática, el niño tiene en sus manos el poder de cambiar, elaborar, trastocar, en fin, de quizá ensuciarse. Está tocando o tomando la tierra, lo tangible, el aquí y el ahora. La vida es concreta, fuerte y finita, todo bajo el halo de lo imprevisto, ya que el hombre juega por ello cambia su perspectiva.

El hombre creador no se determina por prejuicios, por precauciones, por remordimientos o cargos de conciencia; la mirada del niño no se entretiene con los matices, sinsabores, estereotipos de un adulto que cree vividos y finiquitados los matices de la vida, tanto su mediana edad como desde su anhelo por una vida feliz, tranquila, en paz en el más allá. La mirada cansada de éste, no la comprende el niño, mientras ese hombre detiene sus pasos cansados, el niño lo

invita, lo jala, grita riendo que lo siga, que no se detenga, que siga caminando, más el peso que carga es muy grande por eso el niño sigue solo. El niño creador no regresa, salta, gira, danza, sus ágiles movimientos rompen lo cotidiano, lo establecido, lo respetado y lo temido, ¿acaso sea el niño el hombre creador cuyas expectativas por un más allá y por una seguridad pequeña ya no le son suficientes?

Ahora, en este juego la inocencia y el azar permiten vivir en el todo. El mundo como un todo no le es extraño al niño, se hallará presente en el ocaso y en el amanecer de él; no podrá hacer a un lado la tragedia ni tampoco la comedia, tal es su existencia. Toma en cuenta el todo de la Tierra, no puede separarse de aquello que lo conforma, no puede cerrar los ojos ante lo que se le ofrece. Lo compromete en todas sus posibilidades. Aunque prefiera un solo lado de la existencia reconoce y contempla la unidad con el otro lado, pese a que decida desde su libertad. Si sólo eligiera una parte de la realidad del mundo, sería un hombre escindido, partido, que camina, con la aparente fortaleza de una creencia mediocre, pero que en realidad sólo se tambalea como una mitad, en vez de optar por ser entero y asumirse tanto a él mismo como a la realidad total.

El espíritu libre, al igual que el mundo, juega eso es lo que lo engrandece; el hombre creador, jugador, no culmina su actividad con meros caprichos, es creativo no se pierde en los caducos y obsoletos señalamientos, mandamientos o prohibiciones de su entorno. Aunque el hombre remita al niño, esto no implica que divague en anhelos o cuestiones transmundanas. No se fustiga con el después y no sufre antes de atreverse a...sólo lo hace. Tampoco se trata de un animal que reacciona bajo determinaciones instintivas, aunque Nietzsche aceptaría un tipo de instinto, en este caso específico, artístico.

La dimensión del juego en el hombre es apoyada por Fink en las tres transformaciones del espíritu dadas en el discurso de Zarathustra que a continuación se expone: ¹⁸

¹⁸ cfr. ASZ, p.52.

El espíritu paciente y respetuoso lleva las cargas más pesadas debido a su vigor, son una exigencia de él. Así, en primera instancia como un camello, busca aligerar su carga, se arrodilla y pide más. Para Nietzsche el camello humilla su orgullo, exalta una locura que convierte su posible sabiduría en una amarga burla o tal vez, entre otras posibilidades, deserta de una causa cuando ésta ha triunfado o se alimenta del conocimiento"[...] y sufre el hambre en el alma por el amor a la verdad".¹⁹ Enfermo, despidе a aquellos que lo consuelan, o se hace amigo de sordos que no escuchan lo que él quiere, quizá se sumerge en agua sucia rodeado de ranas y sapos aunque se trate del agua donde reside lo verdadero o consiste en "[...] amar a quien nos desprecia y tender la mano al fantasma que quiere asustarnos".²⁰

Tales son las cargas del espíritu vigoroso, el camello se apresura en el desierto a llevar su carga, así el camello es obediente, resignado "[...] que no quiere la propia voluntad porque se somete a la voluntad de Dios".²¹

El camello camina con dificultad, el peso es enorme, es el peso de la trascendencia metafísica; lo expresa, lo lastima él sigue caminando como si sus pasos fuesen trazados y condicionados por un lastimoso destino, hace de su voluntad la voluntad de Dios. El sol lacera sus ojos e irremediamente sólo ve para abajo, no sólo arrastra su cuerpo, también débilmente a su propia voluntad, ya que vive bajo preceptos que le redimirán de tal carga, obviamente no aquí, en este mundo, en este tiempo, debido a que hay un lugar más elevado, intangible y etéreo tales son los paliativos, los acicates los adornos que cree como recompensa. Vive con otros marcos, con otras concepciones heredadas, tal vez impuestas pero las imita al parecerle "contundentes", basadas en la buena y santa voluntad, paradójicamente añora tales cargas porque validan su sacrificio físico, es un prisionero silencioso que obedece valores bajo el "tú debes".

¹⁹ *Ibid.*, p.52.

²⁰ *Idem.*

²¹ Galimberti, *Nietzsche, una guía*, op.cit, p.179.

La furia del Sol en el desierto lo lleva a transformarse poco a poco y en esa soledad, el espíritu se convierte en un león, el cual pretende conquistar la libertad, el ser dueño de sí mismo. Encara a sus últimos enemigos: a su Dios y a su dueño, ahora quiere luchar contra ellos; el dragón nombrado "tú debes" al que el león contrapone el "yo quiero".

El "tú debes" lo acecha constantemente en su camino; las escamas doradas brillan, en cada una de ellas se lee tal orden. El dragón representa los valores de mil años que poderosamente anuncian el fin definitivo y absoluto de toda probable creación. Los cauces se han cerrado, los manantiales han saciado cualquier tipo de sed, el espíritu no puede pedir más, ni más carga, porque la ha tirado y tampoco es libre de decidir marcarse otros caminos.

¿Cuál es la necesidad del león para el espíritu libre, se pregunta Nietzsche? ¿No sería suficiente con el camello que se abstiene y además respeta? El león aún no puede crear valores nuevos, pero sí puede liberarse para dar inicio a dicha creación, niega divinamente, de este modo el deber del león es necesario para concretar el espíritu libre, liberado del camello libre para crear.

La terrible conquista del león es la creación de nuevos valores, por eso es necesaria su ferocidad transcrita en una palabra: No. Antes amaba el "tú debes" era un bien sagrado, ahora necesita la ilusión, lo arbitrario, no la carga segura y lastimosa. A costa de aquél amor llevará a cabo la conquista de la libertad esto sólo lo puede hacer un león o aquel espíritu entregado a su querer.

El león implacable, sin un atisbo de respeto que lo sujete, sin dudarlo va hacia ese Dios, el león no demuestra la tan enfermiza compasión, merodea con el ánimo de capturar, tratará de construir un eje libertario causado por la necesidad de ser él mismo como el tránsito hacia la siguiente transformación, acecha al dragón para aniquilarlo y él mismo perecer.

El "tú debes" se transforma en el "yo quiero", de un papel pasivo, callado donde sólo obedecía a voces lejanas e indiferentes a su miseria; ahora como león, se pronuncia, al hacerlo se convierte en dueño de sí mismo, ahora se da órdenes

a sí mismo, se ordena respecto a lo que realmente quiere; más en esa soledad ¿qué puede surgir?

El león consolida una libertad, sí, pero negativa, aunque ya no se dirija hacia Dios, o hacia esa moral decadente compuesta por ilusiones valorativas.

La libertad del NO es un gran paso dado, anhelado pero no es suficiente. Se queda en la negatividad del querer: No quiero eso. No quiero lo otro; bajo el desierto. Para que el espíritu libre realmente comience se requiere de la tercera transformación.

La última transformación es necesaria debido a que el león no puede realizar lo que hace el niño: "El niño es inocente y olvida; es una primavera y un juego, una rueda que gira sobre sí misma, un primer movimiento, una santa afirmación".²²

Tal afirmación santa es necesaria para que se dé el juego sagrado de la creación. Con ésta transformación el espíritu libre quiere su propia voluntad, ha olvidado el anterior mundo viejo desgastado, ahora quiere inventar su propio y nuevo mundo.

El niño es su autoafirmación: " yo soy", es el nuevo comienzo, posee la ingenuidad del estar iniciándose en todo, en levantar, observar algo por primera vez, sorprenderse, mantener tal emoción, tal curiosidad pura, se mueve hacia una nueva dirección; del No desértico a un Sí sagrado, lo cual no debe confundirse con un paso hacia atrás, ya que no es un regreso teológico, este Sí juega y crea, la necesidad del Sí la concreta el niño, no hay ya más una voluntad ajena en el espíritu, ahora construye y se renueva.

Heráclito es retomado por Nietzsche en cuanto a la imagen del niño cósmico, crea, destruye, juega inocentemente a la orilla del mar. En la versión al español de José Gaos de los fragmentos de Heráclito se puede leer: 79: "La

²² cfr. *AHZ*, p.53.

eternidad es un niño que juega a las tablas: de un niño es el poder real".²³ Sin embargo, en la traducción de Juan David García Bacca, se afirma: 52:"El tiempo, niño es que juega con chinitas sobre ese reino del niño que es el tablero."²⁴

La creación del niño emerge de la historia y de la eliminación del camello, del dragón del león, es una temporalidad, acaso sea el ejecutor de la misma eternidad, en esta vida. Aquí la libertad humana se comprende a sí misma y como tal no soportaría la existencia de un Dios, porque si hubiera uno o varios ¿Cómo podría soportar él mismo no ser también un Dios?!

El hombre creador ahora con una voluntad, con una libertad finitas se ve amenazado por las ideas transmundanas: la eternidad de un más allá, el tiempo fijo y terminado de una voluntad que lo trasciende, que lo limita. El hombre en dicho momento de niñez, de transformación, sólo soporta los límites impuestos por la Tierra.

El hombre y la Tierra se unifican e identifican en la creación. A diferencia de la idea metafísica de Dios, donde además de cerrar distintas posibilidades, desvaloriza, le quita el sentido a la realidad, seriedad del tiempo y, justo aquí, es donde el hombre se proyecta a sí mismo hacia las creaciones por venir.

De esta forma la muerte de Dios acaba con la negación del tiempo, éste es reconocido como la dimensión verdadera del ser, es decir, de la Tierra. Existe, pues, una relación entre la Tierra y el tiempo. Por ésta razón Nietzsche califica de malvadas y enemigas del hombre, todas aquellas teorías simbólicas sobre lo inmóvil, lo colmado y lo imperecedero.

El tiempo es real esto no puede pasarse por alto, ni ser superado por doctrinas que se basan en el fin de toda posibilidad humana, no en su lenguaje ni en la contundencia y fuerza de sus actos, ni en su vital creación: El tiempo transcurre inexorablemente, las cosas van, vienen, existe un cambio permanente,

²³ Gaos, *Heráclito. Fragmentos*, op.cit, p.9.

²⁴ García Bacca, *Los presocráticos*, op.cit, p.243.

si el hombre decidió estancarse y traer sobre sí toda la tradición Occidental, Nietzsche reclama y defiende el camino de lo perecedero, de lo que habrá de terminar para el hombre creador, cuya esencia es terrenal.

El hombre creador construye por encima de sí mismo, se destruye trágicamente, se busca en cada uno de sus restos. Busca el inicio. El hombre pasa, según Nietzsche, por varias muertes amargas en su vida. El creador no tiene una forma fija, siempre está en camino, en el impulso del devenir constante, existe en el tiempo, participa del juego cósmico, es aquel niño de Heráclito.

No sólo se detiene Nietzsche en la imagen del niño, poseer tal grandeza de espíritu conserva joven al hombre, posee una satisfacción especial; pero ante los demás parece más viejo. Esto se debe a que los hombres leen sus rasgos, en ellos encuentran muchas y malas experiencias que han tenido a lo largo de su vida, expresiones de sufrimientos, desengaños, etc., luego los demás hombres lo perciben como más viejo, más malo de lo que es.²⁵ Pero también tiene la alegría, el gozo de estar vivo.

Respecto de su situación ante el otro, este espíritu libre es la excepción a la regla social, es el creador cuyo pensamiento y acción es diferente a lo que de él, de acuerdo a su origen, situación u opinión imperantes pudiera esperarse.

Al atreverse el individuo creador y libre a sustentar sus principios, es señalado como un ser de origen malvado o como un ser mentalmente inestable, meras opiniones que buscan perjudicar, cubrir las características evidentes de tal hombre, como su bondad o su inteligencia penetrante.

La propiedad principal del espíritu libre ha sido emanciparse de lo tradicional, poseer la inquietud de investigar la verdad y las razones de ello, no como el espíritu subordinado que se conforma con creencias.²⁶

²⁵ Nietzsche, VS, op.cit, p.279.

²⁶ cfr. HDH, p.172.

El hombre creador proyecta objetivos finitos para así poder irlos superando, lo cual no es un conformismo, sino aceptar la vida en esta Tierra, en este tiempo, en la labor de la creación humana. Esa es la doctrina de Zaratustra acerca de la voluntad y la libertad.

El querer del hombre lo hace libre.

Ya no hay un Dios que oculte y tergiverse a la Tierra; el hombre creador es libre, vive dentro de este tiempo, por lo que acepta la caducidad de la realidad por ende, de su propio fin. El juego del hombre con lo perecedero le revela su propio ocaso, de esta forma los símbolos del tiempo y del devenir son inevitables, sabe que dejará de existir sin más.

El modo de ser del hombre creador hasta este momento permite distinguir algunos atisbos de la intuición nietzscheana respecto del posible filósofo- artista, para quien la vida es, vitalmente, voluntad de poder, una voluntad libre, creativa; es además, un juego inocente porque parte de la admiración, del descarnado mirar hacia dentro del hombre y no titubear ante ello. La vida es también grandeza por reconocer lo terrenal, lo finito, lo perecedero, es histórica en el aquí, en el ahora; se relaciona con el devenir, con el constante fluir, cambia de un deber a un querer y a su propio ser autoafirmativo.

Pero sin renovación no existe la transformación necesaria de las costumbres de las jerarquías valorativas. La vida es un todo, lo cual incluye los contrastes, los opuestos de la existencia; el hombre creador ha conquistado su voluntad, su libertad para transformarse a sí mismo y cambiar su alrededor. Padece varias muertes dolorosas, amargas para crearse de manera auténtica. Algunos de estos rasgos se concretarán en el siguiente capítulo.

Así pues, el espíritu en Nietzsche recorre tres transformaciones, mismas que permiten comprender la dimensión ontológica del posible filósofo-artista; en primer instancia el espíritu fuerte y vigoroso del camello cuyo obedecer remarca:

”Yo obedezco” , y cuyas vicisitudes amargas son difíciles de abandonar, ya que la lucha incipiente en él apenas se esboza como una débil resistencia, es, en el desierto solitario donde el camello se convierte en león, cuyo impulso opone al dragón un “ Yo quiero”, a ese dragón amenazante, venerado. Las andanzas del león sólo lo llevan a un afán por conquistar la libertad, sólo que es en el niño donde se da la afirmación: “Yo soy”, el deseo por alcanzar su propia voluntad se concibe en el querer crear, ésta pasión por el juego inocente, cuya luz y oscuridad deviene contradictoriamente en su propia redención humana, auténtica.

El espíritu libre quiere su querer, aunque quizá, contradictoriamente ¡es Nietzsche! me surgen dos líneas.

Primera. No creo que Nietzsche pugne por regresar a cualquier etapa de transformación, el camello y el león son necesarios para transitar al niño ¿mas realmente el camello y el león se rompen al “final” de los cambios? Es decir, ¿esos momentos de fuerte obediencia, de fiera conquista son naves que se queman definitivamente? El cansancio y la voluntad ¿pueden destruirse? Errar en la nada a pesar de que ésta sea el querer y llegar a la voluntad del crear en el niño, ¿finiquita lo que de suyo es “humano demasiado humano”?

Segunda. El niño es tal porque se aventura a ir hacia adelante, crea en un devenir constante, así que esta imagen o figura metafórica en Nietzsche desgarrar la mera edad cronológica del hombre, llegar al niño tampoco sería la culminación, ya que el fluir afirmativo no se detiene: “La madurez del hombre es haber vuelto a encontrar la seriedad con que jugaba cuando era niño”²⁷

¿El niño sería el mismo que es si regresa? ¿No significa una “involución” o “renegar” de características ya alcanzadas? Pero las contradicciones son el antídoto contra la imbecilidad; el niño crea en un tiempo de instantes, destruye intemporalmente... es tal porque hace trizas el recuerdo, lo sólido por estático, lo que ya “está terminado”. Mas ahondar, es hundirse; la ligereza es la profundidad de la vida, el niño construye de restos, de pedazos su mundo; sin embargo, creo,

²⁷ Nietzsche, MBM, p. 94

posee destellos de lo que lo conformó como tal.

El niño es el gran afirmador de la existencia y del juego, decreta nuevos parámetros de un “sí a pesar de”, respira de manera nueva y diferente porque es una nueva apertura, unos ojos recién nacidos que ven un rostro con dos caras, una luminosa, sonriente y la otra trágica, de misterios. Es su propio rostro.

Capítulo III

El filósofo-artista

Me parece cada vez más cierto que el filósofo, al ser necesariamente el hombre de mañana o de pasado mañana, siempre se ha encontrado en contradicción con el presente; siempre ha tenido por enemigo el ideal de su época. Todos esos extraordinarios pioneros de la humanidad que se llaman filósofos y que ellos mismos se han creído rara vez los amigos de la sabiduría, sino más bien como locos insoportables y enigmas peligrosos, se asignaron siempre una tarea dura, involuntaria, ineluctable, pero no acabaron por descubrir, la grandeza de su tarea: la de ser la mala conciencia de su época. (F. Nietzsche, *Más allá de bien y del mal*, "Nosotros los sabios")

En Zarathustra, el querer del hombre, lo hace libre. Ya no está sojuzgado por un enorme peso trascendental, sino que tiene en su querer su libertad. Quiere, porque ya ha tenido suficiente de cargas metafísicas, valores obsoletos, fines y sentidos de su historia; apela ahora a su querer, ahora lo tiene, así como apela a su propia voluntad. Su contexto inmediato es la Tierra y en ella el hombre se sustenta como voluntad de poder, ya que es su querer el que lo representa, su fuerza es ser, el cual se conforma por diversos impulsos, como el del conocimiento y el de la vida, ambos en tensión, en pugna permanente por prevalecer uno sobre el otro, y ceder en tal lucha ante la voluntad, el hombre es voluntad de poder.

Para Mercedes Garzón el hombre cuyo ser es la voluntad de poderío significa que dispone de algo, vale decir, tiene la posibilidad de querer, debido a

que no está determinado, así que tiene o crea él mismo varias opciones o alternativas, ya que elige porque su voluntad está presente y además es una voluntad fuerte, precisamente en ello se abre paso ante las opciones:²⁸

"Querer el poderío significa querer el querer".²⁹

Garzón menciona a Heidegger respecto del ser del hombre: la voluntad de poderío es voluntad de la voluntad; de este modo si la voluntad sólo quiere el querer es porque ella misma es querer, no tiene un destinatario, está sola, no hay otra finalidad más que ella misma, no hay, pues, al final de la Modernidad, un origen del ser, y no hay una finalidad específica dada al hombre. De este modo, la vida es un continuo aspirar, buscar crecer, quiere extenderse a ella misma. La vida deja de ser provisional, es decir, como paso previo a una futura trascendencia. La vida es valorada porque está aquí, en este espacio y en este tiempo; el hombre siente la textura de su terrenalidad, de su contingencia, de su muerte, ser terreno le hace sensiblemente patente el río embravecido en el que le va la vida, fluir que trata de aventarlo de sí, al tiempo que es un río calmo y sereno, en la tragedia de su vida.

El cuerpo del hombre es parte de él ya no está más en una doble realidad, en ese mundo inteligible e inaccesible con su cuerpo. El hombre es Tierra, de esta forma, al negar Nietzsche el idealismo, identifica lo existente con la humanidad: la médula de su cuerpo es la vida. Y cada cosa, animal y ser son iguales, finitos aún a pesar de poseer una apariencia diferente, en tanto que han sido creados por la Tierra. La Tierra es el origen de todo y Nietzsche la concibe como un enorme poder creador, como una *poiésis* (de acuerdo con Fink), esto es, la palabra *poiésis* como tal del verbo *Ποιέω* (infinitivo *Ποιέειν*) designaba en su origen el hacer, fabricar y/o producir. Pero tiempo después significó crear.³⁰ Entonces, la Tierra crea constantemente, el hombre se crea en ella a partir de su libertad. La

²⁸ Garzón, *Romper con los dioses*, op.cit, p.29.

²⁹ *Ibid.*, p.29.

³⁰ Ferrater, *Diccionario de filosofía*, op. cit, Tomo III, p.2824.

perspectiva del hombre terrenal se nutre vitalmente, ve en la libertad el sustento del principio cósmico de la realidad.

Ahora bien, ¿qué crear y cómo? Ante el vértigo de la existencia, el filósofo-artista, poseedor de una fuerza creadora afirmativa, adivina en sí el arte; en la idea de Nietzsche, el artista entiende su tarea de redención, ante la mirada que ha contemplado el horror de la noche oscura y la ensoñación del día luminoso.

El Nacimiento de la tragedia y *el Libro del filósofo* son las principales fuentes de este capítulo. El filósofo artista es la posibilidad de concretar la intuición acerca de la existencia del mundo con una perspectiva estética. Este artista en su devenir libre se arriesga a crear y con ello rompe la simple cotidianidad, traspasa el ámbito de lo ínfimo de lo débil al volverse una fortaleza inmanente. Contempla la apariencia apolínea y recupera el ímpetu de Dioniso concretándolo en un juego vivo, jovial; es decir, la aniquilación, el quebranto lo conducen a la afirmación genuina y serena de la transfiguración artística.

La posibilidad del filósofo-artista es una figura de la existencia en donde se conjuga, así como se reconoce la vida y el arte, a través de la proyección a futuro de la grandeza del olvido, como una disolución indispensable de la misma labor enquistada en el afán filosófico: la mera búsqueda de la verdad; ya que el filósofo indaga, según Nietzsche, “la metamorfosis del mundo en los hombres”.³¹

Ante lo cual el hombre creador escudriña comprender la vida, no sólo limitarse a vivirla, no es un hombre peligrosamente contemporáneo, es siempre póstumo a su época; su riesgo alciónico es la ligereza en contra de la pesadez; es un juego finito cuya aceptación inocente de la vida lo libera y lo lleva a crear, representar y plasmar el devenir en los instantes de la imaginación artística, esto es, a través de asimilar su propia contingencia y la de los instantes.

Mientras lo anterior, el artista consigue que la humanidad se sostenga dignamente de pie, debido a que han sido demolidos todos los fundamentos metafísicos de su existencia decadente. La lucha del filósofo, quien no es hijo de

³¹ F. Nietzsche, *El libro del filósofo*, op. cit. p.

su tiempo, es contra corriente, porque es el filósofo del porvenir, tiene que romper con la escala de sus contemporáneos, con aquello que ellos afirman como verdadero, bueno y bello.

Fink señala la importancia del capítulo "De las islas aventuradas"³⁰ cuya enseñanza de Zarathustra es para aquellos que están preparados y que poseen madurez para percibir la fuerza de su visión. No temen contemplar los mares lejanos, tampoco invocan a un supuesto Dios que los soporte. El contrapeso ante esto es el superhombre, como tal no irá más lejos que su propia voluntad creadora. El hombre pudo crear dioses y podría crear al superhombre porque es concebible, por tanto asequible a su propia voluntad creadora.

La voluntad creadora del hombre le permite transformar y hacer posible"[...] lo que pueda imaginar, ver y sentir".³⁰ La imaginación del hombre tendrá como límites sus propios sentidos, por eso, ya que el hombre nombra el mundo, también deberá de crearlo porque él será su razón, su voluntad. Tal es la felicidad del hombre, incluso de los que buscan sólo el conocimiento en su afán por aquello que sea posible y real.

"Los dioses no existen", tajantemente declara Zarathustra. El hombre ha vivido de una conjetura ¿podrá el hombre dejar esa "muerte" derivada de los tormentos de tal creación, de Dios? ¿su fé, propiedad inherente a él?, ¿es el fin del tiempo? O ¿el tiempo ha cedido ante la contundencia de lo eterno? Tales son las preguntas que expelen restos humanos cuyo inmediato resultado es la náusea, la desaprobación de Zarathustra. El hombre ha seguido una enseñanza basada en meras figuras simbólicas: el ser único, inmutable, absoluto, suficiente, colmado, etc.

A diferencia de ello:"[...] las mejores palabras deben hablar del tiempo y del devenir",³² porque justifican lo perecedero.

El hombre se libera del dolor, acepta su vida cuando crea. Pero el nacimiento del creador requiere de dolores, los cuales provocan una

³² cfr. *AHZ*, p.103.

metamorfosis. Un hombre creador aprende del dolor no porque se resigne a él, sino porque lo reconoce como parte de su existencia. Cada experiencia de la vida le permitirá transformarse, pero no por la consecución de un plan determinado o por un destino, el espíritu creador rompe con los fines, con lo específico, con los patrones o modelos más recurrentes, los cuales son admitidos por el hombre sometido y mediocre.

En su vida, aunque pueda parecer paradójico, el filósofo-artista, creador, tendrá muchas muertes dolorosas y amargas. Cada muerte lo construye, porque cada muerte significa un horizonte diferente; elegido en el tiempo, perecedero, finito, imperfecto, que lo llevará a nuevas alturas donde el aire será más frío, donde la soledad le arrebatará los vestigios de una vida vana, donde sus manos construirán, delinearán sus aspiraciones, sus proyectos, donde la mirada contemplará los contornos, las elevaciones, los matices de su forjadora: la Tierra.

El hombre creador renacerá con su voluntad, con su dolor, la voluntad que se quiere libre, fuerte sobre la dureza del suelo. El sufrimiento alumbrará la posibilidad incesante de autoafirmarse en su ser completo. El hombre creador se despide de sí mismo en cada muerte, en cada dolor se fortalece porque es su porvenir, puesto que así lo quiere su voluntad creadora.

Los sentimientos permanecen ocultos dentro de él, lo hacen sufrir pero su querer lo libera, a la vez lo alegra, ya que no debe confundirse al hombre creador con un ser sombrío y amargado. La enseñanza de Zarathustra es el querer, el crear, el hombre que va por más, no se cansa ante tal empresa, lo hace con alegría; su querer lo alegra debido a que se concibe, llega a ser él mismo. Éste es el conocimiento inocente porque es una voluntad de engendrar, se atreve a no sentirse ni saberse determinado, finiquitado, el hombre creador renace en cada nueva y posible muerte.

La alegría lo va acercando a quien llegará a ser, así, no es su sufrimiento inútil. La voluntad de poder, el querer del hombre, lo lleva lejos de la conjetura divina, si ésta existiese estaría colmada toda posible creación; el intento del hombre caería en el vacío, todo ya estaría hecho, incluso probado, el hombre no podría aspirar a acertar ni a equivocarse, sus intentos rayarían en lo absurdo. La

voluntad de crear en el hombre lo relaciona con los demás hombres, es éste un punto de unión, no por una domesticación de creencia, sino por un afán, un impulso inevitable que acerca a éstos hombres duros y selectos, ya que lo blando se rompe, se manipula fácilmente. De una subjetividad a otra, de una creatividad a otra, de un querer a otro, de una voluntad de poder a otra. En cada nueva acción o propósito se encuentra una oportunidad con la realidad, un elemento que puede cohesionar en un todo. Son varios los cauces que no puede dejar ahí sin explorar.

La vida es alegría, se va cuando la chusma aparece, aquellos que no pertenecen a ella se alejan, padecen las peores inclemencias con tal de no compartir el agua, el fuego, el fruto. Zarathustra no acepta que la vida necesite de esa muchedumbre y no es odio el que lo devora, sino el tedio, la decepción de que incluso al desarrollar relaciones de dominio se regatee con ella. De esta forma, es en lo más alto donde se encuentra la alegría de la vida, sin gentuza. Este hombre solitario vive vecino de las águilas, del sol que cual viento construye el porvenir. Es desde las grandes alturas, con un aire frío, donde se respira mejor, donde se llenan los pulmones de un aire vital, donde Zarathustra concibe la diferencia, la fortaleza, es en la soledad, a la distancia, frente al abismo donde se abre el riesgo y la oportunidad intempestiva.

La idea anterior precede al capítulo "A las tarántulas"³³ con el que según Fink, Nietzsche prepara su doctrina radical: El alma de la tarántula es de venganza, su veneno se esparce al predicar la virtud de la igualdad, de la justicia, ante lo cual el hombre para Zarathustra debe ser redimido de ello para que sea conducido a esperanzas elevadas como a tempestades prolongadas. Las tarántulas oponen dichas virtudes contra todo lo que sea poderoso, pretenden erigirse como jueces para castigar, simulan proclamar la vida cuando en realidad calumnian al mundo.

Todo debido a que les ha ido mal en la vida, lo que deriva en una impotencia vital por lo que descalifican ciertas formas de vida poderosa y creativa; lo diferente, lo fuerte es tachado de amoral, de raro. La rareza la toman como un peligro a la buena voluntad, a la convivencia armónica entre ellos los "iguales";

³³ *cfr. ASZ, p.114.*

acostumbrados a la aprobación mediocre no toleran un nuevo sistema de valores. Más los hombres ni son iguales ni llegarán a serlo. Aquellos que recorran múltiples vías hacia el porvenir lo harán entre enormes desigualdades, entre cruentas batallas. Los términos y los valores: bueno y malo, rico y pobre, alto y bajo, etc, son símbolos bélicos, indicadores de la vida como una superación constante de sí misma. La vida quiere, la vida es voluntad de poder. La vida busca elevarse hacia las alturas por medio de escalones, quiere indagar, mirar más allá de lo comúnmente aceptado, porque requiere de obstáculos para ir ascendiendo. Los que viven así suben porque quieren superarse. La vida opone resistencia, contradicción y anhelo.

La vida quiere ascender, superarse. El que se ha dirigido a las alturas conoce el secreto de la vida: "Es preciso que en la belleza haya todavía lucha y desigualdad y una guerra por el poder y por la supremacía".³⁴

Lo cual adquiere un carácter sagrado: se rompen en la lucha todos los límites uniformes, la luz y la sombra se esfuerzan en combatir. Aquel hombre débil e impotente con respecto a la vida siempre insistirá en la igualdad, es su única salida para no sucumbir ante la fuerte diferencia. Se pronuncia por la igualdad humana, de la homogeneidad entre los hombres para dejar fuera la posible heterogeneidad creativa. El enojo, la incomodidad, la venganza, la indignación los alejará de la libertad creativa por lo que su afán será hacer a un lado todo lo que les recuerde su propia incapacidad de escoger otros caminos de existencia.

El hombre débil se vengará de ese hombre fuerte y único, prueba del querer humano, tratará de rebajarlo a su medida mediocre; su envidia radica en la fisura que representa la osadía de atreverse a dejar el transitado camino. La grandeza del hombre creativo está contra la voluntad de poder de los desafortunados, como establece Fink, es un crimen a la tan anhelada vida tranquila, a la vida segura. El hombre débil encuentra la seguridad en la totalidad, en sentirse elemento de un grupo, un conjunto, un pueblo, etc., donde voltea y se ve a sí mismo. La virtud los acerca, existe un respeto mutuo, ya que se reconocen como iguales, se conciben juntos, semejantes, abusan de tal concepto: la virtud se

³⁴ *cfr. AHZ, p. 116.*

convierte en un mero medio para conseguir fines de la muchedumbre; vengarse encarnizadamente de toda la vida noble, fuerte, creativa, poderosa. Con la concepción de la justicia, Nietzsche pasa de confrontar las ideas entre el bien y el mal, y las valoraciones humanas," [...] a la lucha en la vida en cuanto vida. Y esto significaría la voluntad de poder".³⁵

Aunque para Fink el concepto de vida en Nietzsche es poco explícito y elaborado se puede recuperar su presencia a partir de la existencia que otorga a todo lo circundante; todas las cosas son creaciones de la vida engendrada por la Tierra, dicha vida de la Tierra es la voluntad de poder. Por ello el hombre creador no admite, de acuerdo con Fink, "[...] ninguna justificación idealista de la vida",³⁶ tampoco se complace con un optimismo irreal. El niño no se cierra y enuncia un Sí público, ese niño mira de frente a la vida terrenal, a su destino. La justificación que por tradición pertenecía a Dios ahora la asume el hombre, Nietzsche ofrece una apología del hombre creador, también hace una crítica a los valores creados por el hombre común, para restituirle a ese todas sus obras sublimes; lo creado no es ajeno al hombre, no debe someterlo, arrodillarlo, lo creado es bello porque el hombre ha sido su ejecutor, su creación real o imaginaria es una propiedad de él, independiente pero constitutiva de su ser.

Ya basta de que el hombre crea en algo o alguien ultraterrenal, basta de venerar altares, templos que sólo reflejan el vacío de sí mismo. Es paradójico, el hombre ha tenido el poder de enriquecer a las cosas por él creadas a costa de su miseria. La abnegación del hombre lo había conducido a sólo admirar, adorar, ocultar, olvidarse de sus propias creaciones como parte fundamental de su ser, lo cual significa dejar de lado o intentar superar su propia finitud. Es, pues, un hombre con creatividad finita, tendrá mayor categoría entre los hombres-que no como especie-en cuanto sea poeta, pensador, artista, en cuanto demuestre la fuerza creadora de valores, ya que al recuperarse a sí mismo se abre a la posibilidad de vivir nuevos valores a través de la firmeza de su voluntad.

Si como se planteó anteriormente, el hombre creador se aventura a diversos

³⁵ cfr. *La filosofía de Nietzsche, op. cit.*, p.3.

³⁶ *Ibid.*, p.184.

laberintos, donde con seguridad la furia del Minotauro lo desgarrará.³⁷ ¿Cómo puede el hombre no perderse?...Quizá el hilo de Ariadna sea más fuerte porque es frágil, el hombre creador tomará con seguridad el reto, si bien las dudas lo carcomen, su espíritu libre lo llevará a la figura del filósofo-artista. Las aflicciones conducen al hombre creador a su liberación, sin embargo, Zarathustra lo cuestiona: esos lamentos no deben ser una justificación en el hombre libre para enumerar los múltiples obstáculos o cadenas, dicha esclavitud remite a las quejas del león, de este modo se remarca la importancia del niño que libremente interroga por el ¿para qué? ¿para qué ser libre?, la queja por las causas de la esclavitud se agotan, ahora ¿para qué es libre el hombre?

El hombre es libre para ponerse de pie afirmativa y dignamente, el hombre es libre en el tiempo, es decir en la contingencia, en los instantes actuales reconstruidos al disolver el ayer; la libertad se recrea no en la memoria sino en el olvido de la autopoiesis, el llamado es uno, el cual es tomado ya por un hombre en devenir.

La noción de la libertad como un proceso de autocreación en la indeterminación se une a la concepción ética del valor. Ontología y Ética van de la mano, la ética se refiere a la libertad conquistada por el esfuerzo del hombre, en tanto la ontología se refiere al ser de éste como un valor de autocreación. El ser del hombre en su libertad entraña el esfuerzo, lo que cuesta conseguir ser libre.³⁸ El hombre usa su libertad para ser responsable mientras decide, así como asume las consecuencias de dicha selección, toma distancia de los demás para mantener su diferencia.

La vida deviene instintiva, guerrera, firme ante el bienestar grosero, el bienestar decadente. La libertad busca superar toda posible resistencia, se opone a ésta para seguir ascendiendo. El hombre debe mantener todos los elementos que lo integran, sean recursos, virtudes, espíritu para ser fuerte, éste es el primer principio señalado por Nietzsche: El hombre está"[...] obligado a ser fuerte, o si no,

³⁷ Ver la Introducción del presente trabajo.

³⁸ cfr. *CFM*, p. 195.

no lo es nunca".³⁹ El hombre creador entonces es fuerte, libre. La libertad es"[...] algo que se tiene y no se tiene, que se quiere, que se conquista..."⁴⁰ El hombre conquista la libertad cuando ya no se avergüenza de sí mismo,⁴¹ cuando sus abismales pozos internos no lo ahogan, cuando es capaz de respirar en el helado frío, no baja, al contrario sube la vista, mira de soslayo como un gran inquisidor, mira de frente a sí mismo, a los demás, a lo que vendrá. El hombre creador afirma la vida, la ama como es, con todo lo que ello implica, al liberarse de los antiguos ideales venerados, contrapone sus"[...] fuerzas creativas que abarcan los dolores y lo placentero a la vez".⁴² Se da la conjunción entre el placer y el dolor. Ya no más trozos de hombres, ya no más almas desencarnadas, afanes metafísicos, el hombre se recupera también como un ser corpóreo. El filósofo-artista crea valores más los destruye guiado por la voluntad de poder, por la fuerza sobreabundante, ansiosa de un porvenir diferente; afirma la voluntad porque tiene el valor de mirar el dolor, lo transfigura en una nueva, en una fructífera inspiración, quiere vivir, no busca consolarse con lo que crea, es una voluntad creativa, por eso como tal toma la existencia en plenitud.

Los trazos son claroscuros, terribles, sublimes, poderosos, débiles, el juego de la lucha de contrarios se complementa con el dolor y el placer. Es la inocencia: enorme plasticidad materializada en su imaginación que engendra un Sí a su existencia cabal, a él mismo como sufrimiento y alegría. No queda estático, pasivo, es un sujeto dinámico que busca expresarse construyendo sus nuevas opiniones acerca de la realidad con su voluntad afirmativa. Con lo anterior, el hombre creador, el artista intempestivo, como la misma filosofía de Nietzsche, buscará un tiempo por-venir. El filósofo artista transvalora, según Cragolini, destruye valores tradicionales, crea nuevos valores,⁴³ vive a partir de la obra creadora de su propia voluntad, la nombra, la remata, la inicia y la culmina cerca del precipicio de su finitud.

³⁹ *Ibid.*, p. 196.

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *cfr. GC, op. cit.*, p.204.

⁴² *cfr. M., Cragolini, Nietzsche, camino y demora, op. cit.*, p.90.

⁴³ *Ibid.*, p.140.

Dicha transvaloración la inició el espíritu libre cuando aniquiló a martillazos los esquemas valorativos dejando un vacío, el cual puede ser colmado por la labor del filósofo-artista. Tal filósofo pertenece a una especie nueva a la que Nietzsche llama peligrosamente enigmática y tentadora ⁴⁴, amigo de su propia verdad ya que su orgullo no pretende el bien común. La grandeza es para éste espíritu.

El filósofo del porvenir ha vivido una terrible presión"[...] para que su voluntad de vivir se intensificase hasta convertirse en voluntad de poder".⁴⁵ Aunque se integre de sentimientos, actitudes, defectos, virtudes; es, pues, una contradicción en constante devenir; el filósofo, el espíritu libre, el creador no descansa, no habita un espacio determinado, su cambio es continuo, entre los contrastes busca"[...] la filosofía de la mañana".⁴⁶

Retomando la figura del niño, el hombre crea a partir de la inocencia según Deleuze, la inocencia es afirmar, apreciar la fuerza y el poder de la Tierra y de sí mismo⁴⁷; por ésta razón Nietzsche menciona a Heráclito como el filósofo del devenir, que afirma el ser en él; al afirmar el devenir, el cambio, lo dinámico, el fluir, se afirma el ser, ambos están presentes en el juego primordial de la existencia cuyo complemento es el jugador, el artista o el niño. Este, inexorable e inevitablemente, va y viene en el juego. El hombre crea en su tiempo, en cuyo transcurrir inventa nuevas posibilidades de instantes; esa es la inocencia creativa del hombre en cuyo interior permanece más joven y esto es así porque se sabe incompleto, siempre está a punto de, a veces se detiene en los relieves, en las insinuaciones, porque no se cruza de brazos, quiere hacer algo más, aportar, criticar, proponer: crear.

El filósofo - artista es fuerte, alegre en la tormenta, transgrede su propio temor, con lo que toma, a la vez que enciende fuegos de finitud. Su santo Sí simboliza su propia creación que es él mismo: "el filósofo debe reconocer lo necesario y el artista debe crearlo".⁴⁸

⁴⁴ *cfr. MABM, op. cit., p.74.*

⁴⁵ *Ibid., p.16.*

⁴⁶ *cfr. HDH, op. cit., p.310.*

⁴⁷ *cfr. Gilles, Deleuze, Nietzsche y la filosofía, op. cit., p.37.*

⁴⁸ Nietzsche, *LF, Op. Cit., p. 19.*

Éste filósofo-artista, cuya creación está al servicio de la vida, aunque solitario, ama a los demás, pero de una manera diferente, lejano de ellos cual estrella, aún así sus destellos llegan a ellos, cae, los conoce, ama sus propias esperanzas brindándoles su *amor fati*, sin embargo sigue su camino, no vuelve la mirada porque ha contemplado grandes, sublimes y terribles abismos, ahora estos miran dentro de él. El *amor fati* es “la disposición vital de sentir y querer que el acontecer o el instante sea el que es, transfigurándolo por la realización de la plenitud de su ser y afirmándolo por toda la eternidad tal como fue querido.”⁴⁹

El filósofo-artista es, pues, Dioniso y Apolo, la voluntad de crear hace posible que Apolo hable el lenguaje de Dioniso, y Dioniso hable el lenguaje de Apolo, estos instintos artísticos desembocan en la gran afirmación de Zarathustra: “[...] hasta que la voluntad diga: „¡mas así lo quise yo! Así lo querré“.”⁵⁰

⁴⁹ Bruno, L. G. Piccione, Instantes y autenticidad, en Nietzsche actual e inactual, Vol. I, comp. Mónica Cragnolini y Gregorio Kaminsky, Universidad de Buenos Aires, p. 158.

⁵⁰ Nietzsche, AHZ, *Op. Cit.*, p.204

Nietzsche es al mismo tiempo inactual porque sigue siendo inoportuno, arremete contra la ilusa seguridad, a la vez resquebraja el mero pesimismo fatalista; por el contrario, es la danza y la risa entendida como la ligereza del aquí, del ahora, así como su recreación artística del instante: ¿cómo podríamos ser “(...) dueños de nuestras propias contradicciones”⁵¹?...no es el inicio ni el final de este esbozo es meramente el intento de lanzar los dados a la apertura del devenir...

Nietzsche proclamó la verdad atroz, sombría sobre la cual se apoya la brisa benevolente, así como clara de la existencia humana, no hay pues, condición determinada de la esencia humana ni una rígida, ni única manera de llegar a ser lo que o quien se es, la apertura de la posibilidad recreadora se da en el ámbito de recuperar al hombre real, leal a esta Tierra cuyo contraste antaño estigmatizado en promesas trascendentales lo reducían a ser una mera marioneta de sueños probados y seguros. Nietzsche está más presente que nunca porque vivimos el nihilismo augurado por él, ni siquiera en la ausencia total de un sentido o finalidad, sino en la indiferencia, en la apatía, en el hartazgo de no tratar de existir estéticamente y artísticamente en una libertad auténtica.

¿Qué dijo para seguir inquietándonos de esta forma? Las pinceladas del filósofo-artista, descrito por Nietzsche sugieren en la existencia del hombre un elemento necesario: la creación, la cual no es simple, ya que el arte destruye cimientos metafísicos poderosos para la historia de la humanidad. No obstante, sus manos realizan tal empresa para que no tome a la vida como un vano anhelo, sino como una entrega total porque ama su destino, lo enfrenta libre e inocentemente.

El hombre se libera de su carga ancestral: la metafísica, para convertirse en un creador de instantes de eternidad, más no entendida en términos suprasensibles o abstractos. El hombre es un creador libre cuyo arte refleja su propia voluntad de poder, es decir, su querer, éste lo lleva a cabo en la Tierra.

⁵¹ Adriana, Yañez, Vilalta, *El nihilismo y la muerte de Dios*, en *Perspectivas nietzscheanas. Reflexiones en torno del pensamiento de Nietzsche*, comp. Rivero Weber Paulina y Rivara Kamaji Greta, UNAM, p. 266.

Las grandes fatalidades del hombre se fundan en la creencia tradicional de su condición pequeña, inferior, condenada, Nietzsche ofrece al filósofo-artista como preludio o quizá culminación del superhombre, un amanecer del sí mismo a través de la transmutación de los valores, lo cual no se reduce a la mera transformación de ellos, sino a la interpretación que de dicha transmutación se hace, cuya perspectiva también será su querer completo y humano.

El hombre, el filósofo-artista, posee una vida creativa, terrenal, poderosa, pura debido a que se basa en la inocencia, lo cual no debe confundirse con debilidad. Es precisamente con ella con la que el hombre pelea, con ella ofrece una opción genuina: Elegirse como un ser de carne y hueso, vital, cuyos cánones obsoletos y petrificados no deben acompañarlo más.

Éste filósofo-artista, este niño inocente que afirmaba la vida, es el mismo Nietzsche, quien en un momento de lucidez, en su máscara de locura, o quizá ya raptado, castigado por los dioses (griegos desde luego) sin ser plenamente consciente preguntó: ¿Por qué llorar si era tan feliz? Sean, pues, sus mismas construcciones mentales, sus silencios, y sus soledades contemplando el lejano horizonte, el impulso por seguir redescubriendo a este filósofo del porvenir.

Bibliografía

Obras en alemán.

Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden, Herausgegeben von G. Colli; und M. Montinari, Berlín, Walter de Gruyter/Deutsche Taschenbuch Verlag, 1980(KSA).

Cartas.

Sämtliche Briefe Kritische Studienausgabe in 8 Bänden, Herausgegeben von G. Colli und M. Montinari, Berlín, Deutscher Taschenbuch Verlag /W. de Gruyter, 1986(BKSA).

Nachgelassene Fragmente (NF).

Abreviaturas de las obras de Nietzsche utilizadas:

ZA Also sprach Zarathustra (I-IV),

FW Die fröhliche Wissenschaft,

FWS Die fröhliche Wissenschaft. Scherz, List und Rachte.

WS Der Wanderer und sein Schatten.

EC Ecce homo

JGB Jenseit von Gut und Böse.

MA Menschliches, Allzumenschliches (I-IV)

VM Vermischte Meinungen und Sprüche.

Bibliografía en español de las obras utilizadas;

Nietzsche Friederich, *Así hablaba Zaratustra*, Trad. Carlos Vergara Edaf, Madrid 1998.

_____, *Cómo se filosofa a martillazos*, Trad. Carlos Vergara Edaf, Madrid, 1997.

_____, *El viajero y su sombra*, Trad. Carlos Vergara Edaf, Madrid, 1999.

_____, *Epistolario*, Trad. Luis López- Ballesteros y de Torres. Revisión de la trad. Y notas de Jacobo Muñoz, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

_____, *Humano demasiado humano*, Trad. Carlos Vergara Edaf, Madrid, 1998.

_____, *La gaya ciencia*, Trad. Y prólogo de Chaco Grego y Ger Groot Fontamara, México, 1998.

_____, *Poesía completa*, Ed. Y trad. Laureano Pérez Latorre Trotta, Madrid, 2000.

Bibliografía complementaria

- 1.- Cragnolini, Mónica B, *Nietzsche, camino y demora*, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- 2.- Deleuze, Gilles, *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- 3.- Fink, Eugen, *La filosofía de Nietzsche*, Alianza Universidad, Madrid, 1996.
- 4.- Galimberti, Katia, *Nietzsche una guía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.
- 5.- Garzón Bates, Mercedes, *Romper con los dioses*, Torres Asociados, México 2002.
- 6.- Heráclito, *Fragmentos*, Versión al español de José Gaos, Edición crítica de Enrique Hülsz, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1989.
- 7.- García Bacca, Juan David, *Los presocráticos*, Colección Popular, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

Diccionario:

Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, Tomo III (K-P) Ariel, Barcelona, 1999.